

LA CRISIS DE LAS UTOPIÁS DE VÍCTOR FLORES OLEA

Daniel Añorve Añorve

A un cuarto de siglo del colapso del experimento socialista como alternativa sociopolítica y económica del capitalismo, Víctor Flores Olea hace en este nuevo libro una interesante y necesaria reflexión sobre la evolución, las trayectorias de desarrollo y los resultados de la práctica de las dos grandes utopías que marcaron el siglo XX: el socialismo y el liberalismo democrático.

En la actualidad, la palabra utopía suele equipararse con los calificativos de soñador, iluso, ingenuo, trasnochado, entre otros significados que pueden resultar peyorativos. No obstante, la fortaleza de la obra que presentamos radica en que Flores Olea, intelectual no dogmático de izquierda, presenta en ella un análisis sobrio y objetivo de la materia. Lo mismo cuando habla del socialismo que del liberalismo democrático, advierte y reconoce que ambas utopías parten de premisas y concepciones del desarrollo euro-centristas. Reconoce que si bien estas visiones han sido dominantes, de ninguna manera son las únicas existentes. Nos invita así a no caer en la trampa de las “recetas” universales, sean éstas conservadoras o revolucionarias.

Flores Olea aclara que el título de su libro se debe a la negación y al abandono de los principios conductores, valores y formas originales tanto del paradigma capitalista-liberal como del socialista, y la incapacidad de ambos para propiciar un alto desarrollo humano. Tal crisis, según el autor, “ha causado una gran conmoción a la sociedad y a muchos hombres contemporáneos. Los ha dejado dramáticamente sin sostén ni futuro.”

Uno de los méritos de la obra radica en la selección de autores marxistas no-deterministas, que entienden que la historia, si bien puede tener un deber ser, es a fin de cuentas un proceso abierto, sin ganadores o perdedores predeterminados. Por eso, sin una lucha continua (pacífica de preferencia), sin nuevas ideas, sin la socialización de éstas y su aceptación, el camino es la violencia.

En el capítulo I, el autor hace una diferencia básica: el marxismo, a pesar de tener su origen en la tradición filosófica occidental, no puede ser considerado como un monolito, pues ha inspirado, a la vez que ha sido

transformado por diversas tradiciones culturales, políticas y sociales. Además, históricamente, ha fluctuado entre su concepción dogmática, que dio origen al socialismo real, y el marxismo occidental, menos rígido que el soviético.

Flores Olea recupera ciertas referencias de la Escuela de Frankfurt. Dicha recuperación es importante, ya que dicha escuela sentó en gran medida las bases de la teoría crítica, tomando como base el pensamiento marxista. Característica primaria de ella fue el luchar contra la burocratización, el dogmatismo y la irracionalidad del socialismo real. Cabe destacar que el fenómeno de los *mass media*, abordado por varios miembros de dicha escuela, pero sobre todo por Horkheimer y Adorno a mediados del siglo XX, hoy no sólo conserva vigencia sino que resulta a mi juicio una de las posiciones gramscianas que primero deben ser desafiadas, luego reconfiguradas para poder servir como ancla de la nueva izquierda.¹ La idea de que la mercantilización, la estandarización y la masificación del sistema eran componentes centrales del capitalismo es más cierta que nunca en la actualidad. Hoy, no podemos, o más bien, se cree que no podemos existir sin los servicios integrales que producen los medios masivos de comunicación. Podemos asegurar que nuestro sistema civilizatorio alienador no podría ser tan abrumador sin su colaboración en todas las etapas de la producción cultural, psicológica y del consumo en los circuitos del capital.

En *El hombre unidimensional*, como nota Flores Olea, Marcuse reconoce el papel positivo y activo que pueden tener los elementos más explotados y marginados dentro del sistema. Esto parece relevante para las nuevas construcciones teóricas. Es difícil, más allá de un acto de fe dogmático y mesiánico, sostener a capa y espada la idea de que el proletariado industrial es el motor de la Historia. En realidad, si fuese cierto que existe un sujeto revolucionario, éste no es un conjunto singular ni mucho menos predeterminado por algún cuerpo teórico. Las lecciones de las revoluciones del siglo XX, de los grupos que han ascendido al poder en América Latina, bien

¹ Daniel Añorve, “La contra-hegemonía del partido de izquierda y su vinculación con los medios de comunicación”, *Politeia: Revista del Pensamiento Político*, año 5, No. 5, noviembre 2010, Culiacán, Sinaloa, pp. 31-43.

pueden hacernos pensar que en realidad aquellos elementos premodernos, altamente marginados por el sistema y por su mismo “atraso” no reificados ni fetichizados aún, son los principales candidatos (más no una garantía) a convertirse en el catalizador del cambio civilizatorio. En realidad, a diferencia del dogma marxista, es posible suponer que aquellos elementos que tienen el “privilegio” de ser explotados por el sistema pueden ser más fácilmente cooptados que aquellos elementos que dada su posición (de ¿clase?) no tienen conciencia.

También la recuperación del pensamiento de Lukács es de suma importancia, toda vez que otro concepto central y muy poco estudiado, casi marginal, es el de la reificación, sin el cual es imposible entender la falsa conciencia de clase y la “naturalidad” que toman las relaciones sociales que han sido cosificadas, con sus efectos alienantes. En una época de creciente mercantilización, tanto en el alcance como en la profundidad de este fenómeno es necesario recuperar el pensamiento de Lukács, que al complementarse con *La gran transformación* de Polanyi, pueden ser materiales valiosos para la formación de los futuros líderes de la izquierda progresista.

Es importante, y a mi parecer Flores Olea lo deja de lado, reflexionar qué bienes y servicios dentro de la actual sociedad *del mercado* pueden ser considerados como necesidades sociales y cuáles como necesidades o caprichos individuales o de cierta elite. Desde luego, bajo el entendimiento de la “libertad” con criterios capitalistas es imposible hacer tal reflexión. El reto pues, consiste en formular criterios sociales aceptables y racionales que fijen límites entre la necesidad y la necesidad.

Es indispensable reconocer, como lo hace Flores Olea, que la transformación se plantea actualmente de manera distinta. Señala que hay explotados, marginados y “condenados de la tierra” y que todos pertenecen a diferentes estratos y clases. Advierte que “Hoy el sujeto revolucionario es una variedad de grupos de la sociedad —al límite la sociedad entera— y no solamente una de sus clases o sectores”. Reflexiona sobre el nuevo sujeto social y concluye que hay una multiplicidad de éstos, cuyo elemento común es la autoafirmación ante la humillación y desprecio a que han sido condenados. Y también destaca que éstos tienen como característica la espontaneidad, la acción y la práctica colectiva, más que propuestas ideológicas o aparatos institucionales.

Otra problemática que atinadamente aborda Flores Olea es la de la institucionalización o no de las fuerzas revolucionarias. Según él, producto de la deformada experiencia del socialismo real, el reto no radica en que la izquierda ocupe las curules y oficinas estatales, abandonadas o arrebatadas a la derecha, ya que el



mantenimiento de la estructura no generará una civilización distinta, sino que confirmará lo que Michels, Pareto y Mosca conciben como una simple rotación de las elites en el poder. Otro punto valioso y sujeto a discusión que destaca es la diferencia entre Gramsci y Lenin, refutando la idea leninista de que es necesario crear una dictadura del proletariado para poder imponer la hegemonía. Flores Olea, como Gramsci, se pronuncia por la persuasión y no por la coacción. Teme que una dictadura del nuevo sujeto revolucionario podría devenir en un segundo intento socialista, quizá neo-estalinista, lo que refuerza el temor de Marx de que la historia siempre se repite dos veces, primero como tragedia y luego como farsa.

Con la ventaja de ver la Revolución en retrospectiva, Flores Olea reflexiona sobre la distorsión y la traición que representó el estalinismo para ella, señalando: “No se trataba de hacer la revolución para ‘iniciar’ la acumulación primera del capital, sino para ‘hacer posible un desarrollo propiamente humano’”. Al pasar revista a la Revolución de octubre, si bien reconoce sus innegables logros, advierte que distó mucho de los logros centrales que tenían Marx y Engels en mente: el sentido ‘liberador’ y el sentido ‘emancipador’.

Si hay algo de lo que se acusa con frecuencia a los intelectuales de izquierda es de ser apologetos de las revoluciones inconclusas o fracasadas del siglo XX, incluso a veces se les tilda de melancólicos. No es el caso de Flores Olea, quien hace una justa y acertada crítica al socialismo real que prevaleció en el siglo pasado. Aun

siendo un pensador de izquierda, advierte la necesidad de reconocer los horrores y deformaciones de dicho socialismo, al tiempo que asegura que la teoría marxista, como aparato crítico y de análisis profundo del sistema capitalista, conserva su vigencia. Lo que rechaza por completo es el modelo que se implementó en el siglo XX.

Flores Olea también pasa revista a la otra utopía: la democracia liberal. Los críticos occidentales de la Revolución casi siempre parecen tener un elemento de consenso: de la Revolución emanan ‘régimenes tiránicos’ y ‘no democráticos’. Nuestro autor advierte que esos mismos críticos fueron muchas veces ciegos ante la situación de sus propios países —de la llamada democracia liberal— y que presentaban profundos desequilibrios e injusticias en la distribución de la riqueza y en los retrocesos de la democracia, persistiendo la opresión y explotación salvaje de sus propios pueblos. Al respecto, es preciso reflexionar sobre las implicaciones que tuvo la industrialización occidental. Tiende a haber una gran apología, o bien una amnesia histórica sobre la forma en que se llevó a cabo el ‘milagro’ de la industrialización. Casi siempre, en Occidente, el proceso es entendido como la correcta puesta en marcha de esquemas adecuados de democratización y funcionamiento de libres mercados, minimizándose el elemento colonialista. Sin embargo, habría que preguntarse cuántas lenguas, cuántas religiones, cuánta destrucción cultural y medioambiental tuvieron que soportar los pueblos colonizados para que se diera esa industrialización occidental. Dicha destrucción, o como quizá sería preferible llamarle, la clausura de los acuerdos sociales considerados premodernos o antimodernos, es condición para la reproducción “saludable” del sistema civilizatorio capitalista, toda vez que equivale a la apertura de mercados vírgenes en muchos casos. Flores Olea nota la curiosa correlación existente entre los integrantes del “Eje del mal” —Irak, Siria, Irán, Corea del Norte, Libia, etc.— y la resistencia histórica de estos países a los valores del libre mercado, a las inversiones indiscriminadas o a lo que Allison Stanger llama “*The empire of the willing*”.² Advierte que hablar del “Eje del mal” es en realidad hablar sobre territorios a conquistar y “abrir” a los intereses de las transnacionales.

Flores Olea sostiene que muchas dictaduras se han hecho en nombre del libre mercado y que las libertades que se proclaman son únicamente libertades para comprar y vender, o libertades para la formación de monopolios y concentración de riquezas que niegan en la práctica dichas libertades. Vemos pues que la utopía de la libertad tampoco logra, en este tipo de sociedades, generar una libertad amplia, sino una acotada a las funciones de reproducción del mercado.

² Cf. Allison Stanger, *One nation under contract: the outsourcing of American power and the future of foreign policy*, Yale University Press, 2009.

El autor denuncia otro mito: la acumulación se da mejor en condiciones de competencia privada abierta. Recupera la magistral obra de David Harvey, quien considera que más que generar un cúmulo de riquezas, las políticas neoliberales han significado “acumulación por desposesión”, así como una impresionante transferencia y redistribución del ingreso, de las masas hacia las elites. Para Harvey el neoliberalismo constituye sobre todo un proyecto de restauración del poder de clase.

Flores Olea desnuda asimismo una de las asunciones centrales de la utopía liberal (y de la teoría de la paz democrática): que el capitalismo y la democracia van de la mano y que se condicionan mutuamente. Como ejemplos contrarios nota el auge neoliberal chileno con Pinochet y la destrucción de PYMES en todos los lugares del mundo. A pesar de que habla de la necesidad de criticar no sólo al socialismo real sino también al capitalismo real, parece que se queda corto, pues si bien lo menciona al inicio de su obra, no profundiza en la crítica a la utopía de signo contrario, quizá asumiendo que al mantenerse en el poder, no resulta ser una utopía sino una realidad.

El concepto de imperialismo también es abordado por el autor en la obra. Si bien es indudable la valía de no renunciar al uso de este concepto para explicar y entender el mundo actual, sí parece insuficiente o reduccionista el limitar el análisis a su perversidad. Es cierto que es impensable definirse como una persona de izquierda y ser apologético del imperialismo al mismo tiempo; sin embargo, si bien este concepto es útil para explicar los procesos de sometimiento de los pueblos en sus etapas iniciales, realidad que dista mucho de la utopía del *rational choice* liberal, no ayuda a entender la naturalización, adopción y sobre todo la reproducción más o menos consensada de instituciones, modos de vida y valores en las sociedades avanzadas y también en aquellas de menor desarrollo. Este razonamiento está en línea con el pensamiento de Gramsci, para quien el aparato represivo del Estado es tan sólo una variedad entre las defensas y mecanismos con los que cuenta el sistema para la reproducción del *statu quo*.

Es inquietante también la idea de Flores Olea de que el “imperialismo sufre una profunda crisis de liderazgo. Mientras consolida su superioridad militar, ha perdido la superioridad tecnológica y el dominio financiero y ya no es capaz de imponer su voluntad a sus principales competidores, japoneses y alemanes”.³ Lo anterior equivale a equiparar a Estados Unidos con imperialismo y corre el grave riesgo de creer que en el momento en que ese país sea desplazado por alguno de sus competidores capitalistas (¿no imperiales?), será superado el imperialismo. Ése, a mi juicio, es el riesgo de tener un entendimiento demasiado

³ Ver página 113 de la obra que analizamos.

general del fenómeno. Vale la pena preguntarse, ¿es en realidad una mejor opción el imperialismo chino, japonés o alemán? Para esto es ilustrativo recuperar el trabajo de Ellen M. Wood, *El Imperio del capital*.⁴

Un capítulo del libro está dedicado al estudio de la transición en China. Es importante el reconocimiento de que el futuro no es mecánico ni existen necesidades históricas objetivas, sino que está abierto. China tiene la opción de convertirse en un país oficialmente capitalista, o bien, después de una especie de NEP, llegar a ser un régimen verdaderamente socialista. Flores Olea proporciona interesantes cifras que respaldan los innegables logros de la maquinaria china y habla también de los reversos de la globalización. Entre estos se encuentran el ingreso de multimillonarios a las listas de *Forbes* y *Fortune*, lo cual coincide con una brutal explotación, despojo de tierras, pérdida de seguridad social, encarecimiento de la educación, etc. Si bien las cifras de pobreza del Banco Mundial han disminuido notablemente para esta potencia, pues mide el ingreso monetario, es un hecho que tal disminución resulta cuestionable toda vez que gran parte de los servicios o beneficios que se tenían ingresan crecientemente a la órbita del mercado. Sólo como ejemplo, en China se calcula que el costo de la educación universitaria ha aumentado 25 veces y los ingresos urbanos crecieron 2 ó 3 veces.⁵ Flores Olea considera que actualmente la vida del campesino paradójicamente tiene una mayor seguridad que la del ciudadano. Esto es importante en una época en la que la vida en las grandes ciudades se ha tornado impredecible, siendo necesario contar con una serie de mecanismos y capacidades de subsistencia que ofrezcan una salida y escape al aplastante dominio del mercado.

Los resultados de la transición en Rusia resultan no menos contradictorios que los de China. El proceso ha generado enormes desbalances: por un lado, se ha dado un crecimiento real de los salarios; se trata del tercer país con mayor número de multimillonarios, después de Estados Unidos⁶; por otra parte, hay una tremenda falta de instituciones de salud, adicción a las drogas, proliferación del SIDA, alcoholismo, crisis demográfica, etc. En realidad, Rusia y China presentan serias contradicciones, por un lado un ascenso del consumismo y por el otro una creciente marginación.

Flores Olea también repasa las alternativas sudamericanas a la política hegemónica del Norte. Se estudian en el libro

los propósitos y retos del ALBA, UNASUR y BANSUR vs. FMI, BID y BM.

En el último capítulo, el autor finalmente aborda la utopía. Recupera un pasaje del libro *El hombre sin cualidades*, de Robert Musil, para ilustrar el binomio esperanza-resignación, o bien, el binomio utopía-realidad: “La estupidez se caracteriza por ser profundamente ajena a la dimensión de lo posible” Haciendo referencia a la misma obra considera que:

Podría decirse también que la estupidez es la anti-utopía por excelencia, el hombre sin cualidades es aquél absolutamente incapacitado para concebir una utopía, aquel que no levanta la vista de lo más inmediato, del funcionamiento rutinario de las cosas y del orden establecido, que se le imponen y reina en su horizonte vital. En otras palabras: la anti-utopía consiste precisamente en la dócil aceptación de una realidad frente a la cual no se tiene respuesta alguna, la mínima expectativa de renovación y menos aún el impulso de modificarla: se vive, por decirlo así, en el secuestro de un estado fijo de cosas, cosificado en un mundo que considera lo actual, la única expresión posible de la verdad, ante lo cual resulta una inútil pérdida de tiempo aspirar a algo mejor... En esta perspectiva, el conformismo y la docilidad serían también dimensiones acabadas de la estupidez.⁷

Para aquellos que consideran la utopía como algo ingenuo o imposible, cabe decir que Flores Olea no la considera como una simple expresión de optimismo, sino como una experiencia prospectiva concreta, derivada de las fuerzas sociales en acción. Coincide con Ernst Bloch, para quien la utopía y no el utopismo, tiene elementos de concreción y realización humana. Lo utópico-concreto resulta ser lo anticipatorio, algo que trasciende “lo dado en el momento”. Contrapone también a la ideología con la utopía. La ideología se considera utopía muerta, en la medida que acepta lo existente, lo justifica y lo encubre. Se convierte generalmente en el sistema de pensamiento de la clase dominante y presenta al mundo alienado como un bien absoluto y sin reparos. Flores Olea considera que trascender esta alienación, afirmar “otro mundo es posible”, es lo que trata la utopía.

Como pensador anti-dogmático, hace un importante llamado a la nueva izquierda a no desechar elementos y contenidos valiosos del orden en descomposición, ya que todo orden pasado contiene una herencia útil, valiosa y cargada de significados. Esto es prudente a la luz de la experiencia histórica, sobre todo para evitar lo que pasó con la caricaturesca sociedad soviética, aferrada en evitar a toda costa su “aburguesamiento”. El autor invita a no trazar una

⁴ Cf. Ellen M. Wood, *El imperio del capital*, España, Intervención Cultural/El Viejo Topo, 2003.

⁵ Ver página 213 del libro analizado.

⁶ Cf. “Millonarios imponen récords en *Forbes*”, *Sexenio*, sección de Economía, 9 de marzo de 2011. <http://www.sexenio.com.mx/articulo.php?id=2990> (accesado 10 de agosto de 2011).

⁷ Ver página 401 del libro analizado.

raya entre el pasado y el futuro, pues hay ideas del pasado que pueden ser conservadas en el futuro. Reconoce que el propio marxismo debe liberarse de su reificación “disipando los aspectos de opresión y represión que también puede tener.” Por el contrario, la utopía presume un espacio abierto y es “órgano metódico para lo nuevo [...] condensación objetiva de lo que está por venir.”

También, recuperando a Bloch, Flores Olea alerta sobre el peligro de denunciar toda ideología como falsa conciencia. Toda ideología, advierte, es bifronte: contiene errores, mistificaciones, técnicas de manipulación y de dominio; pero también cuenta con residuos de esperanza y de utopías de épocas anteriores. Advierte que, toda ideología, aunado a sus funciones mistificadoras y de proyección de poder, contiene esperanzas e ilusiones, por lo que coexisten la opresión y las promesas del futuro. Considera que los cambios revolucionarios no implican el cambio desde cero, sino su cambio en el sentido del perfeccionamiento y coronación, cumplimiento y plenitud.

Al final de su libro, Víctor Flores Olea enlista una serie de movimientos e instituciones que nos hacen ver que la utopía continúa presente: el EZLN, el Nuevo Partido Anticapitalista en Francia. Respecto a éste, advierte, ya no se trata de un partido bolchevique o de vanguardia; resalta más bien la permisividad para aceptar como iguales a verdes, radicales, trabajadores, guevaristas, etc. En Italia, Izquierda Crítica, como movimiento de masas engloba a movimientos feministas, discriminación sexual, derechos civiles y defensa del Estado laico; incluye también a medioambientalistas y aquellos que se oponen al racismo.

Para Flores Olea, debemos resistir los embates de realistas y pragmáticos, quienes nos tachan de utópicos o ideólogos, equiparando a ambos con la irracionalidad, con lo ilusorio y lo visceral. Invita a pensar en recuperar el sentido no peyorativo de la utopía, como proyecto o ideal de un mundo justo, que necesariamente implica la crítica del orden actual. No se trata tan sólo de una crisis económica sino de una crisis civilizatoria cuyas consecuencias, además de económicas, son sociales y ecológicas. Advierte que “la emancipación difícilmente será posible para nadie si la destrucción ecológica del planeta excede determinados límites”. Y nos hace recordar la advertencia de Eduardo Gudynas, quien afirma que para tener éxito en el siglo XXI la izquierda está obligada a incorporar a su análisis el género, el medioambiente y los pueblos originarios.⁸

Uno de los puntos más controversiales de la obra reside en las tácticas que sugiere para que surja un sistema

⁸ Notas tomadas durante la conferencia magistral de Eduardo Gudynas “El extractivismo y neoextractivismo en América Latina” presentada el 10 de noviembre de 2010 en el CEIICH de la UNAM.

⁹ Cf. Daniel Añorve, *op. cit.*

civilizatorio alternativo al sistema capitalista. Dicha discusión nos lleva irremediablemente al debate entre Lenin y Rosa Luxemburgo, que enfrenta la postura del partido de vanguardia y la noción del surgimiento espontáneo y no jerárquico de la organización revolucionaria.⁹ Flores Olea parece estar en línea con Luxemburgo, advirtiendo que sin pluralidad y espontaneidad no hay democracia integral y que invariablemente se desemboca en el totalitarismo del color que éste sea. Advierte que las luchas de la izquierda no pueden seguirse amparando en referencias doctrinarias y menos dogmáticas. Reconoce que las fuentes y objetivos de la nueva pluralidad tienen un origen diverso, por lo cual el reto es lograr la unidad en la pluralidad.

Flores Olea recupera del trabajo de Ernest Mandel la idea de que resulta irreal esperar la moralización de la sociedad civil y del Estado sin la radical reducción de la importancia del dinero y de la economía de mercado. A mi juicio, éste es uno de los puntos medulares e innegociables que debe tener una alternativa post-capitalista. No basta con una afirmación abstracta sobre la importancia del dinero en la sociedad. Incluso con el riesgo para la “democracia” que conlleva sugerir lineamientos o pautas generales, es claro que la nueva izquierda no puede permanecer neutral ante el papel que representa el dinero en la civilización capitalista, incluidos los efectos de degradación social, ambiental y humana que provoca. Si pensamos en el dinero no sólo como en *un* medio, sino como en *el* medio de acceso universal a *todo*, cualquier alternativa civilizatoria que busque romper con los escenarios de colapsos generados por el capitalismo, debe de tomar partido, aún a riesgo de parecer arbitrario, en contra de lo que es *el* cáncer civilizatorio.

Para concluir, debemos destacar que Víctor Flores Olea atinadamente pone sobre la mesa la necesidad y deseabilidad de no renunciar a la utopía. La represión abierta y el caos social existentes, que son una realidad y no un mero discurso partidista ni una opinión personal, son señal inequívoca de agotamiento de la hegemonía del capital, lo que debe abrir el camino a la utopía y a la formulación de una alternativa socialista. La sobriedad y objetividad del texto nos invita a evitar caer en celebraciones adelantadas y triunfalistas, toda vez que no hay necesidad histórica infalible, mucho menos garantía alguna de que un proyecto o alternativa emerja y mucho menos triunfe. ■

Daniel Añorve Añorve (Ciudad de México, 1975). Mexicano, cursó sus estudios de licenciatura y doctorado en Relaciones Internacionales en la UNAM. Es maestro en Ciencia Política por la Universidad de York en Canadá. Actualmente es profesor-investigador de tiempo completo del Departamento de Estudios Políticos de la División de Derecho, Política y Gobierno de la Universidad de Guanajuato. Ha sido profesor en la Universidad del Mar, en El Colegio de San Luis, en la Universidad Autónoma de Sinaloa, el ITESM- Santa Fe y la FCPYS de la UNAM. Es miembro del comité editorial del *Journal of Law and Conflict Resolution* y de la *Revista Mexicana de Análisis Político y Administración Pública*.